

CAPÍTULO XXII

Fílicas, general de los etolios, forzado a salir de Lepreo.—Filipo somete toda Trifilia.—Movimientos estimulados por Quilón en Lacedemonia.—Estado lamentable de este pueblo.

En el transcurso de este tiempo los lepreatas, apoderados de una parte de su ciudad, instaban vivamente a los eleos, etolios y demás tropas que Lacedemonia había enviado a su socorro, para que evacuasen la ciudadela y la ciudad. Al principio Fílicas no hizo caso y permaneció en la plaza para tenerla en respeto. Pero

noticioso de que Taurión había sido destacado con tropa a Fiale y que el rey mismo venía marchando a Lepreo y se aproximaba ya a la ciudad, perdió el ánimo. Por el contrario, los lepreatas se ratificaron en su decisión y realizaron un hecho memorable; pues no obstante haber dentro mil eleos, otros tantos etolios con los piratas, quinientos mercenarios, doscientos lacedemonios y sobre todo estar por ellos la ciudadela, no por eso perdieron la esperanza de recobrar su patria. Efectivamente Filidas, como vio tan sobre sí a los lepreatas y que los macedonios se aproximaban, tuvo que salir de la ciudad con los eleos y demás tropa que había llegado de Lacedemonia. Los cretenses que había enviado Esparta regresaron a su país por la Mesenia, Filidas se retiró a Sámico, y los lepreatas apoderados de su patria enviaron diputados a Filipo para entregársela.

Con este aviso el rey despachó a Lepreo todo el ejército, a excepción de los rodeleros y armados a la ligera, con quienes partió con diligencia a alcanzar a Filidas. Efectivamente le alcanzó y se apoderó de todo su bagaje; pero Filidas le ganó por los pies y se metió en Sámico. El rey acampó frente a esta plaza, hizo venir de Lepreo el resto del ejército y dio a entender que quería sitiaria. Los etolios y eleos, que no tenían más prevenciones para el asedio que sus manos, temieron las consecuencias, y negociaron con Filipo que les salvase las vidas. Concedida licencia para que saliesen con sus armas, marcharon a Elea, y el rey se apoderó sin dilación de la ciudad. Otros pueblos vinieron después a ofrecerle obediencia, y recibió en su gracia a Frixia, Estilangio, Epión, Bólax, Pirgo y Epitalio. Finalizada esta expedición, regresó a Lepreo, después de haber sojuzgado toda Trifilia en seis días. Allí, después de haber exhortado a los lepreatas según la ocasión lo pedía, y haber puesto guarnición en la ciudadela, trasladó el campo hacia Herea, dejando a cargo de Ladico el acarnanio toda la Trifilia. Así que llegó a esta ciudad, distribuyó el botín entre sus tropas y, tomando el bagaje, marchó de Herea a Megalópolis en el rigor del invierno.

Mientras Filipo sometía la Trifilia (año -219), Quilón el lacedemonio, creyendo que su nacimiento le daba derecho al reino, sufría con impaciencia el desprecio que los éforos le habían hecho en habérselo adjudicado a Licurgo. Para vengarse pensó conmover el Estado. Se persuadió a que si, a ejemplo de Cleómenes, proponía una nueva división y repartimiento de tierras, al momento el pueblo seguiría su partido, decisión que finalmente llevó a cabo. Comunicó el pensamiento a sus amigos y, habiendo encontrado hasta doscientos que apoyasen su arrojó, pensó realizar su proyecto. No ignoraba que el mayor obstáculo a su intento serían Licurgo y los éforos que le habían puesto sobre el trono; por eso fueron éstos el primer ensayo de su cólera. Un día que los halló cenando los degolló a todos, tomando por su cuenta la fortuna el castigo que merecían. Porque, bien se mire la mano que descargó el golpe, bien la causa por que lo sufrían, se confesará que les estaba bien empleado. Quilón, después de haber acabado con los éforos, pasó a la casa de Licurgo, y aunque le encontró dentro no pudo apoderarse de su persona por haberle servido de capa ciertos amigos y vecinos para que huyese y se retirase por caminos extraviados a Pelene en Trípolis. Quilón, errado el golpe principal para su intento, se desalentó muchísimo, pero no pudo menos de proseguir lo empezado. Penetró en la plaza, prendió a sus enemigos, animó a sus parientes y parciales y dio a los demás esperanzas de lo que poco ha hemos apun-

tado. Pero advirtiéndole que en vez de hacer caso, por el contrario, se volvían contra él los ciudadanos, se retiró secretamente, cruzó Laconia y se refugió solo en Acaya.

Los lacedemonios, con el temor de que Filipo viniese, recogieron la cosecha y abandonaron el Ateneo de Megalópolis, después de haberlo destruido. Así es cómo este pueblo, que desde que Licurgo le dio sus leyes hasta la batalla de Leutres había formado la más bella República y había llegado al más elevado poder, ahora, cambiándosele la suerte, iba debilitándose cada vez más, hasta que finalmente agobiado con infinitos infortunios, agitado de sediciones intestinas y acostumbrado a continuos repartimientos de tierras y destierros llegó a sufrir la esclavitud más cruel bajo la tiranía de Nabis el que hasta entonces ni aun la palabra *servidumbre* podía sufrir con paciencia. Muchos han tratado a la larga en pro y en contra de los hechos antiguos de los lacedemonios. Nosotros sólo expondremos los incontestables, cuales son los sucedidos desde que Cleómenes desechó el gobierno antiguo, destinando a cada uno su lugar conveniente. De Megalópolis el rey fue por Tegea a Argos, donde pasó lo que restaba del invierno, aplaudido más de lo que pedía su edad por las acciones y demás conducta que había observado en las mencionadas campañas.